



“Historias que cantamos” Más cerca de la iglesia

Por: MM Abner L. Perales/Depto. De Música, UMI – sábado 2 de mayo

Propósito: Este programa tiene como propósito que la congregación entone himnos del himnario adventista y, al mismo tiempo, conozca las historias que los inspiraron. Cada himno refleja experiencias de fe, confianza y esperanza que siguen siendo relevantes para nosotros hoy. Al cantar y comprender el trasfondo de estas composiciones, fortaleceremos nuestra adoración y aprenderemos a valorar la música como un medio que Dios usa para instruir, consolar y edificar a su iglesia.

Sugerencias:

- Practique los himnos con anticipación. Asegúrese de conocer bien la melodía y la letra antes de dirigirlos, de modo que pueda guiar a la congregación con seguridad y entusiasmo.
- Coordine con los acompañantes o el equipo de comunicación. Si habrá músicos, organistas o pianistas, póngase de acuerdo previamente. Si se proyectarán letras, verifique con el departamento de comunicación que todo esté listo y funcionando.
- Administre bien el tiempo del programa. Si la participación se alarga más de lo previsto, considere entonar solo algunas estrofas de los himnos. Recuerde comunicar con anticipación esta decisión a quienes proyectan la letra o al equipo encargado, para evitar confusiones durante el canto.
- Apoye las historias con recursos visuales. Siempre que sea posible, busque imágenes de los compositores o contextos históricos de los himnos para mostrar a la congregación al narrar la historia de cada canto.
- Ensaye el orden del programa. Repase las transiciones entre las diferentes partes (bienvenida, canto, lectura, historia, oración), para que todo fluya de manera natural y reverente.
- Ore por el programa. Pida al Señor que use la música y las historias para tocar los corazones, y que los himnos entonados sean una experiencia espiritual y no solo musical.

Servicio de canto (8:45 – 9:00)

Dada la naturaleza de este programa, el espacio habitual de Servicio de Canto no se realizará de manera independiente. En su lugar, el tiempo destinado se distribuirá dentro de las diferentes partes del programa, con el fin de entonar más himnos y dedicar más tiempo a conocer las historias que los acompañan.

Introducción

El canto de los himnos es parte preciosa de nuestra herencia cristiana. Cantar no siempre fue un privilegio que la Iglesia pudo disfrutar libremente, pero hoy lo tenemos y debemos aprovecharlo con gratitud.

En este programa de Escuela Sabática nos detendremos a escuchar y a reflexionar en las historias detrás de algunos himnos que cantamos como iglesia. Cada relato nos mostrará las circunstancias que dieron origen a esos cantos y nos acercará a los hombres y mujeres de fe que los compusieron.

Al entonarlos, hagamos nuestras sus palabras y recordemos que no son simplemente melodías en un libro, sino instrumentos que el Señor nos regala para animarnos en medio de las pruebas, guiarnos en nuestra vida espiritual y fortalecer nuestra confianza en Él.

A) ACTIVIDAD CONGREGACIONAL 9:00 – 9:30

Bienvenida

Los bien conocidos escritores de himnos, Bill y Gloria Gaither estaban en casa para las fiestas de semana santa, asistiendo a su iglesia local en Anderson, Indiana.

Mientras estaban en una reunión, el sábado de tarde, escucharon sobre un joven en la comunidad que sufrió quemaduras graves después que una explosión demoliera la cochera donde trabajaba. Los doctores no esperaban que sobreviviera la noche. En un momento de la reunión, se propuso una cadena de oración y muchos miembros de la iglesia oraron toda la noche por el jovencito. Cuando los miembros se reunieron para celebrar el domingo de resurrección al día siguiente, recibieron noticias de que el joven por el que se estaba orando, se estaba recuperando. El pastor anunció que acababa de hablar con el doctor que le atendía, quien le dijo que el muchacho tenía muy buenas oportunidades de vivir. La iglesia entera se regocijó por la respuesta a su oración. Mientras Bill y Gloria Gaither regresaban a casa después del servicio religioso, hablaban de lo maravilloso que es ser parte de una familia de creyentes que son capaces de orar unos por los otros a su Padre celestial. En poco tiempo, nació un nuevo canto: “La Familia de Dios.” ¡Tú eres parte de esta Familia! Con las palabras de este canto, siéntete bienvenido y bienvenida.

Himno de alabanza

Himno #531 "La familia de Dios"

Lectura bíblica

Efesios 5:19-20 (NVI): Anímense unos a otros con salmos, himnos y canciones espirituales. Canten y alaben al Señor con el corazón, dando siempre gracias a Dios el Padre por todo, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. En su Palabra, el Señor nos invita a animarnos mutuamente mediante el canto. Al entonar himnos y elevar alabanzas con un corazón agradecido, no solo damos gloria a Dios, sino que también recibimos ánimo y fortaleza para nuestra vida cristiana.

Oración de rodillas

Padre nuestro, gracias por el privilegio de alabarte y de entonar cantos que nos sostienen en medio de las pruebas. Hoy rendimos nuestras vidas en cada himno que cantamos. Recíbenos, Señor, como ofrenda agradable a tu nombre. Amén.

Nuevo horizonte

A los 23 años, George Beverly Shea (1909-2013) enfrentaba una decisión difícil: aceptar una oferta para cantar en el ámbito secular en Nueva York, con un excelente salario y reconocimiento, o seguir sirviendo en la iglesia y en programas de radio cristianos. Una mañana, mientras se sentaba al piano de su familia para preparar un canto especial para el servicio de adoración, encontró sobre el atril un poema escrito por Rhea F. Miller. Inspirado, comenzó a ponerle música y lo estrenó ese mismo día en el servicio dirigido por su padre. Más que un canto, esas palabras marcaron el rumbo de su vida, pues eligió dedicar su voz y su talento a Cristo. De esa experiencia nació el himno “Prefiero a mi Cristo” (#269). Cantemos juntos este himno y, al finalizar, escucharemos el “Nuevo Horizonte” para esta mañana.

Himno de alabanza o canto especial

Cuando era adolescente, Louisa Stead sintió el llamado de Dios para ser misionera. A los 21 años se mudó a Estados Unidos y vivió un tiempo en Cincinnati, Ohio. Durante un campamento en Urbana, Ohio, sintió con más fuerza ese llamado, aunque no pudo ir a China, como anhelaba, debido a su frágil salud. En 1875 se casó con el Sr. Stead y juntos tuvieron una hija. Años después, la familia disfrutaba un día en la playa

de Long Island, Nueva York, cuando escucharon los gritos desesperados de un niño que se estaba ahogando. El Sr. Stead corrió a rescatarlo, pero en el intento, el niño lo arrastró bajo el agua y ambos se ahogaron, mientras Louisa y su pequeña hija miraban impotentes desde la orilla. Tras esta tragedia, Louisa y su hija vivieron en gran pobreza, sin otro sostén que la confianza en el Señor. En medio de esa necesidad, un día descubrió en la entrada de su casa una provisión inesperada: alguien había dejado dinero y alimento. Ese mismo día, inspirada por la fidelidad de Dios, escribió la letra del himno “Oh, cuán dulce es fiar en Cristo.” Cantemos juntos este himno (#395).

Misionero mundial

Andraé Crouch había alcanzado prácticamente todo lo que un cristiano exitoso podía soñar. Pastoreaba una iglesia, trabajaba con adictos y prostitutas, y era ampliamente reconocido como músico tanto dentro como fuera de la iglesia. Además de producir música cristiana, colaboró en la producción musical de películas como El Rey León y El Color Púrpura. Sin embargo, más que sus logros artísticos, Crouch disfrutaba profundamente ayudar a personas con problemas. Larry era uno de esos casos. A simple vista, nadie habría pensado que algún día respondería al llamado del Evangelio, pero un día, después de un servicio de adoración, Crouch tuvo el privilegio de verlo rendirse entre lágrimas a los pies de Cristo. Tiempo después, Larry llamó por teléfono a Crouch para pedirle que leyera el capítulo 15 de Lucas, donde aparecen las parábolas de la oveja perdida y el hijo pródigo. Estaba convencido de que allí encontraría inspiración para escribir el mejor himno de su carrera. Crouch conocía bien el pasaje, pero no lo veía como material para un canto memorable. Terminó la llamada y volvió a sus ocupaciones. Al día siguiente, mientras pensaba en la vida de Larry y recordaba las historias de Lucas 15, la inspiración llegó con fuerza. Crouch imaginó: ¿qué diría la oveja perdida si pudiera hablar? ¿Qué expresaría el hijo pródigo en forma de canto? ¿A quién agradecería Larry su vida transformada? Así surgió una pregunta que se volvió canción: “¿Cómo agradecer lo que hiciste a mi favor?” Y con ella, la respuesta final que se convirtió en uno de sus himnos más conocidos: “A Dios sea la gloria, tanto hizo por mí.” Entonemos juntos el himno “¿Cómo Agradecer” (#372) y disfrutemos de la historia misionera al finalizar del canto.

Informe secretarial

George Matheson nació con problemas de visión que se fueron agravando hasta quedar casi completamente ciego. Sin embargo, era un hombre de gran talento académico. Sus hermanas aprendieron latín, griego y hebreo para ayudarlo en sus estudios, y gracias a ese apoyo pudo graduarse de la Universidad de Edimburgo en 1862. Más tarde se convirtió en ministro de la Iglesia de Escocia. Pastoreó durante 18 años en la localidad de Innellan, y debido a su capacidad de memorizar sermones completos y pasajes enteros de la Biblia, muchos de sus oyentes ni siquiera notaban que era ciego. En 1886 fue llamado a pastorear la iglesia de St. Bernard’s en Edimburgo, donde sirvió por 13 años, y dedicó los últimos años de su vida a escribir. El 6 de junio de 1882, en el día de la boda de su hermana, Matheson escribió: “En ese momento me encontraba solo... Algo me ocurrió, solo yo lo supe, y me causó un profundo dolor en el alma. El himno fue el fruto de ese sufrimiento.” ¿Cuál era el sufrimiento que lo inspiró? No lo sabemos con certeza. Algunos piensan que recordaba su compromiso matrimonial, roto cuando su prometida supo que quedaría completamente ciego a los 18 años. Otros creen que sufría al sentir la pérdida de la cercanía de su hermana, quien durante años lo había ayudado en la preparación de sus sermones. Lo cierto es que, en medio de ese dolor, sus pensamientos se dirigieron al amor de Dios y a la cruz de Cristo. Allí, en lugar de oscuridad, encontró una luz resplandeciente, y de esa experiencia nació un himno que hasta hoy sigue consolando y animando a la iglesia. Cantemos “Amor que No me Dejarás” (#113). Al finalizar el himno, escucharemos el Informe Secretarial.

**Repetición del versículo para memorizar de la semana**

Maltbie D. Babcock (1858-1901) fue un joven extraordinariamente talentoso, proveniente de una familia acomodada que lo preparó para tener éxito en cualquier profesión. Sin embargo, él respondió fielmente al llamado de Dios para servir como ministro del Evangelio. Realizó sus estudios superiores en el Seminario Teológico de Auburn, en Nueva York, donde destacó no solo en lo académico, sino también en otras áreas: era buen beisbolista, nadador, músico y además escribía poesía. Al graduarse, aceptó el llamado para pastorear la Primera Iglesia Presbiteriana en Lockport, Nueva York, muy cerca de las Cataratas del Niágara y del Lago Ontario. En ese lugar de belleza natural, Maltbie disfrutaba correr a diario. Durante sus recorridos descubrió una barranca donde habitaban unas cuarenta especies de aves. Cada vez que salía a ejercitarse, solía decir a su secretaria: “Voy a salir a ver el mundo de mi Dios.” Con el tiempo, Babcock aceptó llamados a servir en otros lugares, aunque ya sin la misma hermosura natural de Lockport. En particular, mientras pastoreaba la Iglesia Presbiteriana de Brick, en la ciudad de Nueva York, algunos notaron que ya no se le veía tan feliz, aunque él seguía determinado a mantener una actitud positiva. Al año y medio de estar en esta iglesia, la congregación le regaló un viaje a Tierra Santa. Aquel viaje, que debía ser de descanso y renovación, se realizó en barco, como era costumbre en la época. Sin embargo, durante una escala en Nápoles, Italia, Babcock contrajo una infección y falleció a los 43 años. Después de su muerte, su esposa recopiló muchos de sus escritos y los publicó bajo el título “Pensamientos del Diario Vivir.” Entre esos textos se encontraban las palabras del himno “El mundo es de mi Dios.” La melodía que lo acompaña, llamada “Terra Beata” (Hermoso Mundo), es una tonada tradicional inglesa. Cantemos juntos “El Mundo es de mi Dios” (#65) y, al finalizar, repitamos juntos el versículo para memorizar de esta semana.

B) ACTIVIDAD EN EL GRUPO PEQUEÑO 9:30 – 10:10

Confraternización y registro de tarjeta
Repaso de la lección

C) ACTIVIDAD CONGREGACIONAL 10:10 – 10:45

Capacitación Primero la Misión
Crecimiento Integral
Clausura de Escuela Sabática

Himno final

El doctor Martin era ampliamente conocido en los EUA como hábil orador de conferencias bíblicas y evangelista. Su esposa había estudiado música y viajaba mucho junto a su esposo para ayudarlo en el ministerio. Un domingo en la mañana, los Martin tenían el compromiso de llevar a cabo un culto en una iglesia de una ciudad distante. Justo antes de salir, la señora Martin de repente se sintió muy mal, lo cual hizo imposible que acompañara a su esposo al compromiso que tenía de ir a predicar. Puesto que estaba muy preocupado por la condición de su esposa, el doctor Martin decidió cancelar su compromiso de predicación, pues para ello iba a tener que ausentarse muchas horas. Entonces, su pequeño hijo habló: “Papá ¿no crees que, si Dios quiere que prediques hoy, Él cuidará a mamá mientras tú no estás?” Percibiendo las palabras de su hijo como la guía de Dios, el pastor Martin siguió adelante con su compromiso. El culto fue extraordinariamente bendecido por Dios y muchas personas profesaron a Cristo como Salvador personal como resultado de aquel sermón. Cuando volvió a su casa aquella noche, el señor Martin halló que su esposa había mejorado considerablemente, y mientras él estuvo ausente, ella, en realidad, había estado muy ocupada escribiendo la letra de un nuevo himno, inspirado por el comentario

de su hijo aquel día en la mañana. Esa misma noche, antes de retirarse, Stillman Martin compuso la música para la letra que había escrito su esposa. Cantemos juntos este precioso himno “Nunca Desmayes” (#420).

Conclusión

Hoy hemos recordado que detrás de cada himno hay una historia de fe, de pruebas y de confianza en Dios. Al cantarlos, no solo repetimos melodías antiguas: hacemos nuestras las palabras que inspiraron a hombres y mujeres a permanecer firmes en Cristo. Que al salir de este lugar sigamos llevando en nuestro corazón el mensaje de cada canto y vivamos diariamente con gratitud y confianza en el Señor.

Oración final

Señor y Padre nuestro, gracias por el privilegio de elevarte alabanzas y por edificarnos mutuamente a través de estos himnos. Hemos disfrutado de las historias y de los cantos que nos recuerdan tu fidelidad y tu amor. Ayúdanos a no dejar pasar la oportunidad de seguir alabándote y animándonos unos a otros. Que cada himno que entonemos sea una expresión sincera de entrega y gratitud a ti. En el nombre de Jesús lo pedimos, amén.